

Domingo XXI. Año C

Lectio divina sobre Lc 13,22-30

No creo que hoy preguntaríamos a Jesús, de toparnos con él, sobre el número de los que van a salvarse, como hizo aquel desconocido que lo encontró camino de Jerusalén. Hay que reconocer que hoy la salvación propia no es un tema que interese, ni siquiera a cristianos. Y no se vislumbran bien las causas de esta situación. Quizá, empeñados como estamos en liberarnos de los pequeños problemas que la vida diaria nos proporciona, hayamos perdido de vista que, aunque lográramos resolverlos todos, nos faltaría por afrontar el más decisivo, el único que merece toda nuestra atención, porque de él depende nuestra felicidad por siempre. Pudiera ser también que, creyendonos ya buenos, solo por no ser notoriamente malos, demos por supuesta la recompensa debida a nuestros esfuerzos. Ya es suficiente prueba vivir esta vida como para no contar, sin más, con la otra. No es raro que algunos, ciertamente con la mejor intención, piensen que no debe preocuparnos demasiado nuestro destino final, puesto que Dios es lo suficientemente bueno como para disculpar el que nosotros no logremos serlo. No son pocos los que hoy, por motivos diversos, dan por descontada su salvación, porque, simplemente, se la merecen... ; eso creen.

En aquel tiempo, ²²Jesús, de camino hacia Jerusalén, recorría ciudades y aldeas enseñando.

²³Uno le preguntó:

«Señor, ¿serán pocos los que se salven?»

Jesús les dijo:

²⁴«*Esforzaos en entrar por la puerta estrecha. Os digo que muchos intentarán entrar y no podrán.*

²⁵*Cuando el amo de la casa se levante y cierre la puerta, os quedaréis fuera y llamaréis a la puerta, diciendo: "Señor, ábrenos". Y él os replicará: "No sé quiénes sois."* ²⁶*Entonces comenzarán a decir: "Hemos comido y bebido contigo, y tú has enseñado en nuestras plazas."* ²⁷*Pero él os replicará: "No sé quiénes sois. Alejaos de mí, malvados."* ²⁸*Entonces será el llanto y el rechinar de dientes, cuando veáis a Abrahán, Isaac y Jacob y a todos los profetas en el reino de Dios, y vosotros os veáis echados fuera.* ²⁹*Y vendrán de oriente y occidente, del norte y del sur, y se sentarán a la mesa en el reino de Dios.*

³⁰*Mirad: hay últimos que serán primeros, y primeros que serán últimos.»*

I. LEER: entender lo que dice el texto fijándose en como lo dice

De camino a Jerusalén, enseñando por doquiera que pasa, Jesús es interpelado por un oyente anónimo: cuántos, si no son muchos, los que se salvan (Lc 13,23). Lucas aprovecha este escenario – un Jesús de paso, un Jesús siempre enseñando, una pregunta profundamente ‘religiosa’ – para reunir tres sentencias de Jesús en torno a la entrada en el reino (Lc 13,24.25-29.30). Hay que notar que a la cuestión más teórica sobre la salvación responde con una imagen más asequible de ‘la puerta estrecha’ y ‘sentarse a la mesa’.

A quien se interesa por el número de salvados contesta exhortándole a preocuparse por su propia salvación (Lc 13,23). No es tan fácil como presupone. Decisivo no es si son muchos o pocos los que se salvarán, sino si uno está en el número de salvador. La propia salvación no es un tema para discutir, sino tarea que afrontar. Y habrá que tener en cuenta – advierte Jesús – que no lo consigue sólo quien lo intenta.

Explicándose mejor, Jesús recurre a una parábola en la que participan sus oyentes (Lc 13,25-29). A quienes la dan por segura, dado el grado de intimidad con Jesús alcanzado, les recuerda que la salvación no depende de lo que ellos se crean, sino de lo que quiere Dios. Convivir hoy con Cristo no avala un porvenir en su compañía. Para quien de verdad quiera entrar, ‘quedarse fuera’ es una posibilidad con la que hay que contar. Porque no entra quien tiene ganas, sino quien es reconocido y acogido por su Señor. Mientras dependa de ‘Otro’, nuestra salvación no está asegurada. Y lo peor – lo más desagradable – es que otros más alejados, menos privilegiados, entrarán primero.

Que los últimos antecedan a los primeros tiene que resultar una grave advertencia a cuantos se sienten demasiado a gusto con Dios (Lc 13,30). Si quienes más lejos están hoy de la meta cuentan con mejores probabilidades de llegar al destino, de poco sirve estar bien situados desde un principio. Nadie puede estar seguro del triunfo, si ni siquiera los más cercanos a él deben ilusionarse con obtenerlo. Jesús no pone las cosas fáciles a los buenos. Y es que nadie es demasiado bueno para, automáticamente, merecerse al bueno de Dios.

II. MEDITAR: aplicar lo que dice el texto a la vida

En tiempos de Jesús la gente seguro que era más inculta, menos afortunada. Vivía menos tiempo y bastante peor que hoy. Por ello probablemente, porque sabían lo poco que valía esta vida, se interesaban mucho por la otra. Ya que estaban convencidos de que no podían liberarse ellos solos de sus propios males, andaban más preocupados de una salvación definitiva, que sólo Dios podía darles. Como tenían poco que perder en esta vida, les inquietaba más poder perderse

también otra; lograban vivir sin tantas cosas como nosotros tenemos, pero no renunciaban a vivir por siempre sin Dios. Probablemente, hoy no son muchos los que les preocupa la salvación de todos. Ni siquiera los auténticos creyentes, que dan por asegurado ese don que nunca será merecido. Nos haría bien preguntarnos, más a menudo y con la mayor seriedad, si estaremos un día entre los salvados; viviríamos, sin duda, mejor la frágil vida que tenemos.

Por eso, llama la atención que Jesús no respondiera a una pregunta 'teológica' tan importante: puesto que solo Dios salva, salvará a muchos o a unos pocos. Más importante aún que satisfacer la curiosidad de su interlocutor le pareció, sin duda, advertirle sobre el peligro que corría quien no se esforzara: decisivo no es saber el número de los que se salvarán sino si yo estaré entre ellos. Con su respuesta, en vez de acallar las dudas, Jesús quiso acrecentar la ansiedad en su interlocutor, a quien, curiosamente, le importaba más el número de los salvados que su propia salvación. Aunque Jesús le hubiera garantizado que la mayoría se ha de salvar, todavía no le aseguraba que él se salvaría. No hay que hacer de la propia salvación, pues, una cuestión académica, un bonito argumento sobre el que discutir y entretenerse. La salvación, al menos para Jesús, era una tarea de por vida. Si algo dejó claro es que la propia salvación, además de incierta, es en extremo difícil. Y es que los requisitos no lo hacen fácil: la puerta es estrecha, se requiere esfuerzo y, sobre todo, no depende de las ganas de entrar, sino de ser acogido por el Señor. Si la vía de acceso no es tan transitada como sería deseable, si ni el empeño y el trabajo personal siquiera son suficientes, 'entrar en el reino' será siempre gracia concedida, no mérito ganado. Si no depende de mi deseo ni de mi esfuerzo ser reconocido y acogido finalmente por Dios, todo lo que hago con Él y por Él no me lo merece: Él siempre será para mí sorpresa y don, nunca salario merecido. Si ni el haber sido su discípulo, habiendo sido por Él instruido mientras convivía con él, me asegura no 'quedarme fuera', sin Él, para siempre, ¿por qué no me cuestiono si seré salvado? ¿Por qué doy por asegurado lo que no depende de mí y es sólo gracia? ¿Qué podré hacer hoy para merecer una gracia que no la tienen segura quienes oyeron a Jesús y se sentaron a comer con él?

Para ahondar en lo dicho, Jesús recurre al lenguaje simbólico; no encuentra mejor modo para hablar de Dios y de la otra vida. Quien desea entrar en algún lugar, ha de esforzarse más cuanto menos amplio sea el acceso. Jesús no dice que la puerta que conduce a Dios sea estrecha; invita, más bien, a elegir el acceso menos amplio para llegar a Él. ¡En verdad que es un modo extraño de animar a quien le escucha el suyo! Pero, al menos, no nos engaña con falsas promesas. Que lo que más deseable tenga una vía de acceso angosta, hace por fuerza penoso el camino; llegados a la meta, tanto más la gozaremos cuanto menos cómodo haya sido alcanzarla. Parece que Dios quiere que le apreciemos antes de dárnoslo para siempre, haciéndonos laborioso el encuentro con Él; es como si Dios quisiera merecernos la pena que suframos al ir tras Él. En realidad, lo que Dios quiere es achicar el pesar que sentimos siempre que le buscamos: estando Él tras la puerta, ¿no ha de importar si es angosta? Más aún, si realmente queremos estar seguros de que nos está esperando tras esta vida, no rehuyamos las estrecheces de esta vida. Lo dijo Jesús: si no probáis por la puerta menos amplia, no seréis capaces de entrar. La elección está en nuestras manos.

Con la parábola del amo que no reconoce a quien llama desde fuera, recuerda a cuantos dan por descontado la benevolencia divina que no deberían hacerse demasiadas ilusiones: no por el hecho de ser bueno, Dios es necio. Los que se quedaron fuera cuando el señor de la casa cerró la puerta no le eran desconocidos, *fueron* desconocidos; habían sido amigos y compañeros, pero no llegaron a ser sus huéspedes; comieron y convivieron junto a su amigo, pero no les admitió en su casa. Y no es que hicieran cosas malas; lo único que no hicieron es estar junto a él en el momento en que cerraba su hogar. Para quien pudo entrar no importó que la puerta fuera estrecha, con tal de que permaneciera aún abierta; quien se quedó fuera de la casa del amigo - y de su corazón -, no se quejó de que lo angosta que era la puerta, sino de que estaba ya cerrada. Lo único que sabe decir el señor de la casa es que no reconoce como amigo a quien se ha quedado fuera de su hogar.

La lección es tan evidente que Jesús ni la comenta. No nos hace ningún bien ilusionarnos con que las buenas relaciones con Dios que mantenemos nos aseguran encontrarnos un día con Él, como nuestro hogar y cielo. Convivir hoy con Jesús no garantiza un porvenir en su compañía. Dar por segura la amistad con Dios es el mejor camino de empezar a perderla. Quien intimó con su señor como con un amigo, tendrá que ver que otros son preferidos; una amistad que se puede perder, es una amistad preciosa; de un hogar al que puede que no se regrese, es mejor no abandonarlo nunca. Si es posible que Dios no nos reconozca para siempre, sólo porque le hemos dejado por un momento, necesitamos estar junto a Él en todos los momentos de nuestra vida. Cualquier sacrificio valdrá la pena, si nos vale una vida sin fin en su casa.

Y para que no quedara sombra siquiera de duda, Jesús termina su exhortación con una advertencia tan insólita como injusta. Los últimos serán primeros, los menospreciados mejor queridos, los desconocidos íntimos en el reino de Dios. Si quienes más lejos están hoy de la meta cuentan con mejores probabilidades de llegar al destino, de poco sirve estar bien situados desde un principio; nadie puede estar seguro del triunfo, si ni siquiera los más cercanos a él pueden creerse que lo obtendrán. Jesús no pone las cosas fáciles a los buenos. Y es que nadie es demasiado bueno para, automáticamente, merecerse a Dios. De esto, en el fondo, es de lo que se trata.

Tuvo que caer muy mal a sus oyentes primeros que Jesús les advirtiera que otros, venidos de lejos, se sentarían junto con los patriarcas y profetas de Israel en el festín del reino. Para los oyentes del evangelista, allá en los años ochenta, esta grave advertencia de Jesús era una triste, e innegable, realidad: habían sido acogidos en el reino los que menos se esperaba. Y quienes se creían con derecho - con toda una historia de salvación a sus espaldas - fueron dejados fuera. Para

nosotros hoy, 'cristianos viejos', la sentencia de Jesús es, a la vez, grave advertencia y simple constatación: no nos salvaremos porque queramos, sino por ser queridos; como es gracia de nuestro Señor, habrá que vivir sintiéndose agraciados y congraciándonos con él. Si no basta la convivencia de discípulo ni la intimidad de comensal para 'ganárselo', nuestro esfuerzo no podrá conocer límite; ni la esperanza de conseguirla, final. Mientras no se nos deje entrar por la estrecha puerta, no estaremos a salvo.

Nos hemos creído que, por creer en lo bueno que Dios es, no nos hace falta ser buenos nosotros; nos hemos ilusionado con que Dios hará también la parte que nos corresponde, cuando la hayamos dejado sin terminar; nos estamos perdonando nuestros fallos antes de que Dios lo haga y nos liberamos de reconocerlos para no dárselos a conocer de Dios. La salvación, y Dios, nos esperan tras una puerta angosta, en una situación que oprime, después de una desgracia inesperada. Buscar a Dios entre lo fácil y pasajero supone errar sin remedio. Jesús previno a sus oyentes judíos y, al parecer, no tuvo mucho éxito.

Con una sentencia final, tan proverbial como enigmática, Jesús dirimió el problema. No se trata de sentirse primero o último, porque de entre ambos grupos saldrán los salvados. Se trata, asegura Jesús, de que no existe preferencia ni lugar privilegiado: el que está entre los primeros, no está seguro de entrar; el que es de los últimos, podrá ser recibido. No es lo que somos nosotros, ni dónde nos encontramos, lo que asegura nuestra salvación, sino lo que quiera ser Dios para nosotros y donde Él nos quiera encontrar. Vivir hoy de su gracia es la mejor manera, la más útil, para congraciarnos con El por siempre y que nos deje entrar en su reino y cenar a su mesa.

Jesús nos ha advertido hoy a nosotros. ¿Tendrá más fortuna ahora que entonces su aviso? Mejor sería que así fuera. Es demasiado lo que nos jugamos pensando que la indudable bondad de Dios no nos obliga a nosotros ser mejores. Un Dios que tan fácilmente puede perderse, es un Dios que hay que cuidar mejor, es un Dios del que hay que cuidarse. Es una insensatez quedarse fuera, ¡y para siempre!, de su presencia, por no haber estado siempre junto a Él; sería un lamentable error, tan lamentable como para deplorarlo por toda una eternidad, el que, habiendo sido tanto tiempo los primeros, lleguemos a ser últimos en el reino de Dios. De nosotros depende